

# Tesis y privados

*Por: Pedro Trujillo*

Miles de estudiantes universitarios, con sus estudios felizmente concluidos, se encuentran atrancados, algunos por años, en un proceso que no termina de evolucionar por culpa del inmovilismo, la falta de ideas y la incapacidad de cambio de quienes pueden promoverlo.

Muchas universidades del país —la mayoría— exigen a sus graduados, antes de otorgarles el correspondiente título de licenciatura, realizar un privado y/o elaborar la necesaria tesis. El examen privado termina siendo una interacción con dos o tres profesores que interrogan al alumno sobre todo lo que debió de ver en su carrera. La tesis, por su parte, consiste en la elaboración de un trabajo original, siguiendo unos determinados parámetros. Ambos no son requerimientos para obtener el grado de licenciatura en EE. UU. ni en la mayoría de universidades europeas. Aquí, por el contrario, seguimos anclados en el más tradicional paradigma del escolasticismo, lo que nos hace menos competitivos y más vulnerables.

Habría que preguntar por qué un alumno que supera cinco años de carrera, alrededor de 60 diferentes cursos, cientos de horas presenciales, de estudio y de prácticas; exámenes por decenas, e interactúa con más de una cincuentena de profesores, se atora y no pasa los privados o no es capaz de escribir una monografía al fin de la carrera. La única explicación no está en la incapacidad del graduando, sino en la falta de bondad del sistema. ¿Qué hace que un alumno no pueda finalizar todo el proceso? ¿No será que no aprendió lo que debía? ¿Por qué no se quedó en primer o segundo año, y llegó hasta el final del programa? Las respuestas no apuntan hacia el estudiante, más bien destapan un sistema permisivo, poco adecuado al proceso de aprendizaje moderno, incapaz de evolucionar, acomodado a parámetros tradicionales o caducos, desconfiado de lo que hace y que frustra a profesionales que terminan anclados al fracaso, porque no superan el privado o escriben la tesis.

En otros lugares del mundo —y en una universidad del país— que solemos tomar como referencia de éxito, esta práctica arcaica no existe o tiende a desaparecer. El estudiante que supera el programa de estudios y llega exitosamente al final, sencillamente es graduado y pasa inmediatamente a formar parte del cuadro de profesionales, compitiendo con el resto de compañeros de profesión. Aquí, quienes cierran deben dedicar un año, dos o media vida a cumplir con los complejos requisitos que, aunque pudieron servir en el pasado, hoy no tienen sentido. También, y no nos engañemos, termina por servir para regular la competencia.

Algunos frustrados profesionales que tuvieron que dedicar años de su vida para aprender algo, aunque sea a recitar de memoria un artículo de no importa qué código, muestran sus “capacidades” delante de los novatos examinandos, para que ellos lo reciten en ese preciso instante, sin darse cuenta de lo que a él le costó o desean que escriban la tesis que él mismo nunca fue capaz de hacer.

Pero lo peor es que la capacidad logística y operativa de las universidades no puede con la demanda. Por cada privado o tesis se requieren dos o tres profesores que entiendan del tema y sean capaces de abordarlo con garantías, pero ¿qué universidad cuenta con el

doble o el triple de profesores que de estudiantes para hacer esto en tiempo y con garantía? La respuesta: ninguna. La conclusión: así les va a algunos miles. La esperanza: que se renueve el sistema de una vez y todo esto evolucione.